

Marilyn Monroe

«Mamiiiiii», llaman desde algún lugar en la habitación contigua y lo primero que me digo es que debe ser mi cabeza y que a través de ella me habla Justina, mi hija.

«Me tienes abandonada», aúlla dentro de mí mi marido. ¡Cállate la boca!

Pero luego corro hacia el balcón, porque la llamada no proviene de mí sino de fuera, y me tropiezo y la botella de ron se derrama sobre la mesa como un rumor dorado, mis mejillas arden enrojecidas, no lo pienso limpiar, quizás un poco así, con la bata. Y de un salto ya estoy en el balcón, pero es una niña pequeña que está al otro lado de la calle, se le rompió el collar. Llama a su madre y la madre no aparece. ¿Cómo es posible que esté por allí tan tranquila o que se haya quedado a mirar escaparates? Y yo sé que lo que corresponde es quedarse a vigilar a una niña tan pequeña hasta que aparezca la madre, y entonces la veo y no me lo puedo creer, es la Marilyn Monroe del grupo de drogotas, pero esta vez no tiene tanta pinta de drogota y entonces les hago señas desde el balcón y les grito «venid a comer, tengo filetes, sopa y ensalada de tomate». El resto se pierde en medio del ruido de un camión de reparto.

Cuando el camión se va, aparecen las dos caritas encantadas que estaban detrás de él. La pequeña tiene el típico aspecto de una niña que va de visita, tiene ganas de venir, mientras que Marilyn, precisamente porque sabe que al final terminarán viniendo, intenta quedar bien haciendo como que se resiste, pero cruza la calle hasta llegar a mi puerta.

«¿Y no la vamos a molestar?», pregunta luego torciendo el cuello hacia arriba y luego se vuelve hacia su hija y añade: «La señora Julia es escritora. ¿Sabes?» y yo intento ver si me mira, porque eso significaría que no se trata de una información para su niña sino de un cumplido para mí, pero Marilyn se limita a acomodarle a su hija un mechón de pelo que tenía suelto y después las dos se ponen a recoger las cuentas del collar, casi como si se hubieran olvidado de mi invitación.

«¿Té o café?», les pregunto desde el balcón y Marilyn responde café y su hija té y Marilyn dice: «Esta es Vera». Y yo me digo que no parece ser Vera sino más bien Estanislava o Juanita, pero hago un gesto de aprobación y corro a la cocina a poner el agua al fuego mientras ellas terminan de recoger las cuentas. Suena el telefonillo, les abro.

Muevo las bandejas de un lugar a otro de la mesa y ya las oigo subir por la escalera y entonces siempre me pongo un poco nerviosa. Es el momento en que ya oigo que llegan las visitas, pero aún no han llegado, el momento de poner cara de saludo, que solo dura hasta que la puerta se abre con un chasquido.

Da lo mismo que ya nos hayamos visto por el balcón, ahora será como si todo volviera a suceder, pero, como quien dice, con plena intensidad. Es posible que ese fuera uno de los motivos por los que abandoné los círculos sociales y la cosa llegó tan lejos que cuando decido quedarme en casa a recibir a las visitas y preparo cosas de comer, casi nunca viene nadie.

O sea que me preocupo mucho por cuestiones inútiles que los demás resuelven de manera automática, y me quedo completamente agotada sin que en realidad hubiera sucedido nada *objetivamente* agotador, y de noche, en el internado irlandés, tengo sentimientos de culpa y mala conciencia: no has escrito nada, no has hecho nada y ni siquiera has aprovechado el día para descansar, imbécil.

Y ya estaban las dos en la puerta y la pequeña Vera entró a toda velocidad así que no hacía falta poner cara de bienvenida,

y Marilyn es una drogota de esas que no participan en ninguna ceremonia de recepción y entonces me di cuenta de cómo era la cosa y todo quedó en paz.

«¿Azúcar?», y Marilyn que sí, y un poco de leche, y Vera que si no tengo miel y limón y yo ya estaba a punto de dar saltos, porque no hay nada peor que las visitas que responden «no, gracias» a todas las invitaciones y creen que eso es algo fantástico.

«¿Y en qué está trabajando?», pregunta Marilyn y lo que hace que le salgan esos bultos junto a las orejas es el arroz en salsa de ajo que se está zampando, la pregunta acompaña al arroz, no el arroz a la pregunta, y mientras Vera se hincha de ensaladilla y espía con su mirada todo lo que tiene a su alrededor y yo me pregunto si alguna vez seré una abuelita capaz de asumir esa situación mejor que la de la maternidad, porque los parientes se limitan a alimentarse, comen algo, cuentan algo y se van, y el trabajo que eso implica se limita a cocinar, a lavar los platos y no afecta a los nervios.

Y de repente está aquí mi Justina, en cuerpo y alma. Ya no da vueltas, ni yo alrededor de ella, mi hija se dejó caer como si viniera en paracaídas sobre la silla en la que está sentada Vera y los traseros de las dos enseguida empezaron a empujarse como los de los chicos cuando pelean en el tranvía por el único asiento libre. Y durante un rato fue como si las dos chicas tocaran la ensaladilla a cuatro manos, como se toca el piano, y luego las manos de Vera fueron las de Justina, y después Justina se puso a Vera como si fuese un uniforme de trabajo y yo busqué con un ojo la botella de ron y sí, se había derramado, como pensaba, o sea que el causante de estas visiones no es el alcohol, para nada. Lo único que hace aquí el alcohol es que todo huela espantosamente al charco de ron que encharcó la mesa, aunque a Marilyn le da lo mismo y disfruta enormemente probándolo todo, con la nariz destrozada de tanto esnifar es difícil saber si llega a enterarse de qué es lo que come.

Y luego levanta la cabeza con un gesto interrogativo y yo recuerdo que un rato antes me había preguntado en qué estaba trabajando y le digo: «¿Y sabe usted, Marilyn, que es sobre usted?» y a Marilyn seguramente le ha sorprendido que la llamara Marilyn, pero no quiere cortarme el hilo de un discurso que había empezado de una manera tan sorprendente y, quién sabe, a lo mejor se sentía halagada.

«Debería usted cambiar de amigas si quiere librarse alguna vez de esto», y Marilyn agacha la cabeza con sensación de culpabilidad y a mí me invade una sensación no tan fuerte pero también de culpabilidad porque sé que esto ya lo debe de haber oído cien veces, así que añado: «Al menos por ella» y señalo en dirección a Vera, pero es de nuevo mi Justina, que ensarta en el hilo que le traje de mi estuche de costura las cuentas que se le cayeron a Vera en la calle.

«Es por ella que aún sigo aquí», susurra Marilyn, y en ese momento algo me atrapa y se eleva conmigo hacia las alturas.

Oigo a la gente decir lo que ya ha dicho en mis libros. A ratos sé de antemano lo que va a pasar, lo que les va a pasar, y si Jarda estuviera aquí cogería de la mesa un vaso de agua, me lo ofrecería y con voz aburrida diría: «Esto es solo una casualidad, ¿sabes?». Pero no lo es, no es la primera vez que me ocurre.

«En realidad es sobre Vera, no sobre usted», continúo, y me dan ganas de añadir: usted solo es parte del decorado, es el medio hostil del que salió, del que se ha librado, y no se libró de él gracias a usted sino a pesar de usted, y miro a Vera pero veo a Justina y, como un eco, me oigo decir «a pesar de usted». Son las palabras que nunca pronunció la asistente social y las que repetía una y otra vez mi marido, que sostenía que nuestros hijos lo habían soportado todo *heroicamente*, a uno o dos metros de nuestras peles, mirando con ojos desorbitados lo que sucedía y a veces con las narices contra el cristal esmerilado de la puerta corrediza de mi despacho y tocando en él con sus dedos sonatas enteras. Yo

nunca les abrí la puerta (tenía tantas ganas de darles una paliza, pero nada), una vida entera dedicada a la creación artística.

Y ya lo siento, como cuando el metro llega a la estación y va empujando toda una masa de aire húmedo, pero estos son rincones a los que no se acude con frecuencia. Pese a mis esfuerzos, Justina sigue sentada en la silla y no hay modo de que le deje un espacio a Vera, y si no me controlase lo suficiente le hubiera gritado a Justina por comportarse de ese modo con las visitas. Siempre ha conseguido imponer su voluntad.

«Es sobre una chica que, aunque no tiene una vida fácil, consigue con su dedicación y la claridad de sus objetivos, salir adelante» me estoy refiriendo a lo que ya mencioné y advierto que a Marilyn se le han puesto los ojos como de cristal, ha apoyado el tenedor en la mesa y se frota la cara. Debe de tener la mano sucia porque de pronto tiene toda la cara llena de manchas, si me fijo en sus manos están completamente negras, y tienen que haberlo estado ya de antes, con la recogida de las cuentas no hubiera sido suficiente.

«Llega a ser mecánica dental, especialista en prótesis, y los jubilados de los alrededores van a verla para que les haga moldes de sus bocas desdentadas», le explico. «Le gusta de verdad su trabajo y va al consultorio en bicicleta, porque le importan no solo la salud y la satisfacción de los jubilados, sino también el medio ambiente». Y veo que Justina me está mirando con la boca abierta, y eso a pesar de que las historias que escribo siempre se las he dejado leer, cuando todavía vivía en casa. Tenía que leerse cada nuevo libro en una tarde (no son muy gruesos) y decirme qué le parecía. Yo no la forzaba a hacerlo. Tenía que hacerlo porque quería y aunque yo veía como se los tragaba siempre tenía que hacerme un montón de comentarios insatisfechos.

Las hijas no son amables con las madres. Las madres sí que son amables con sus hijas y puede que hayan sido demasiado amables con ellas hasta mis novelas rosas. De cómo es la vida no

se enterará nada gracias a ellas, le gusta decir a mi marido. En realidad, tenía celos de mi éxito. Ni aunque recurriera a la mejor de las buenas voluntades habría sido capaz de citar los títulos de mis libros. Y convendría añadir que empleaba las mejores de sus buenas voluntades para otras cosas y que si tuviera que definir sus mejores cualidades las situaría en el siguiente orden: laboriosidad, sinceridad y optimismo.

«¿Y en el amor?», susurró Marilyn.

Por Dios.

«¿Y en el amor?», repitió seguramente porque en la historia de Vera no habíamos hablado de eso, solo del amor por los ancianos, o sea, más bien, de la compasión por sus dientes. Marilyn está siempre acelerada, como les suele suceder a las drogadictas. Quiere saberlo todo antes de que tenga tiempo de ocurrir, pero si al menos ronda por aquí cierto tipo de interés por el amor, existe alguna posibilidad de que la historia de Marilyn al final resulte como la de las protagonistas dramáticas de mis novelas (en particular la Lenka de *La calle de las grosellas* y la Jarka de *El feliz encuentro*).

Y por eso le digo: «La mujer del dentista de su consultorio, que era feliz en su matrimonio, sufrió un accidente de tráfico y murió a consecuencia de las heridas», y en voz más baja, para que Vera no lo oyera (las novelitas rosas no son adecuadas para algunas chicas muy jóvenes, sobre todo si contienen situaciones muy tristes) añado: «Vera se hace cargo de ese hombre porque siente que es su obligación moral».

«¡Se convierte para él en un motivo para vivir!», grita Marilyn con los ojos resplandecientes. Y si lo que le he contado fuese una historia real, el entusiasmo no sería menor, y a eso se le llama el poder mágico de la literatura.

«¿Y qué es para usted un motivo para vivir? Y a Vera no me la mencione», añado, y a ese «a Vera no me la mencione» se le llama fastidiarle la jugada al otro. Y Marilyn de pronto parece una niña

pequeña a la que algún malvado le pisoteó el juguete, pálida y silenciosa. Esta casa se ha convertido en la mano que la encierra y ya no piensa más que en cómo librarse de ella y conseguir una dosis lo más rápido posible.

Hay en mí algo malo, mi marido tenía razón. Algo que les saca el jugo a los demás y a mí me lo saca el doble (lo que yo padezca no alivia en absoluto el padecimiento de los demás) y eso puede que esté relacionado con que veo al prójimo como un simple material en crudo pendiente de ser elaborado, como una simple materia prima de la vida, pendiente de que se le insuffle la vida verdadera, y entonces vuelvo a oír a Jarda diciéndome «recupérate a ti misma», y lo dice con tanto énfasis y en tono de ruego porque ya se nos agota el tiempo.